

dicha marginalidad destruirá al mundo civilizado. Para extinguir la marginalidad social no basta con una receta única, hay que diferenciar los casos asiático y africano de los casos latinoamericano e euro-norte-americano, además de situaciones muy críticas como la de Palestina. En el caso asiático ya se está adoptando, con éxito, la solución, que consiste en mantener las elevadas tasas de desarrollo que China e India llevan actualmente a cabo. En el caso de los países latinoamericanos, lo que está en juego son dos cuestiones fundamentales: (1) una efectiva y consistente voluntad política de erradicar la marginalidad y (2) la adopción, no menos efectiva y consistente, de un nuevo modelo económico, que les permita superar el estancamiento que los está paralizándolo a lo largo de los últimos veinte años, y les proporcione tasas de crecimiento anual semejantes a la de los países asiáticos. Ya el caso de Palestina se caracteriza por el imperativo urgente de una solución equitativa para el pueblo palestino.

El problema de los ámbitos de marginalidad en países europeos está vinculado al problema del subdesarrollo de África del norte y de África tropical. Un intento de proponer políticas y medidas para el desarrollo de África extrapolaría las dimensiones de este breve estudio. Nos limitamos a señalar que la promoción de ese desarrollo va mucho más allá del ámbito regional y constituye un problema crucial para la propia Europa y para el mundo. Vale aún señalar que cualquier política para el desarrollo de África no será eficaz y consistente si no es llevada a cabo por los africanos mismos, aunque con masiva ayuda internacional.

El caso de los sectores marginados de los Estados Unidos presenta dos caras, interna y externa. Internamente, y en condiciones no muy favorables, ese caso presenta semejanzas con el problema social de Latinoamérica. Se trata de un problema de educación y de empleo, conjuntamente con la efectiva incorporación a la sociedad americana de los que vienen de sectores marginales. Sobre ese punto hay que recalcar el extraordinario progreso que se observa, en aquel país, en lo que concierne la incorporación de afro-americanos a los patrones promedio de aquella sociedad. Algo que es un ejemplo para un país como Brasil, donde la inexistencia (desde la abolición de la esclavitud) de previas barreras explícitas de discriminación racial favorece la persistencia de barreras implícitas. Externamente, esa cuestión está vinculada al desarrollo de América Central, sobre todo de México. Tal como ocurre en la relación África-Europa, aunque en escala menos grave, la pobreza centroamericana alimenta migraciones masivas para los EUA, que sólo terminarán con el desarrollo de América Central.

3. Argentina y Brasil

Contradicciones internas

Argentina y Brasil, contrariando las razonables expectativas sobre los dos países, desde las primeras décadas del siglo XX en Argentina, y en la segunda mitad del siglo pasado en Brasil, no han logrado entrar en el siglo XXI como sociedades desarrolladas.

El extraordinario desarrollo económico de Argentina, de las dos últimas décadas del siglo XIX a las dos primeras del siglo XX, sufrió una larga interrupción durante el último siglo. Hubo momentos más recientes de esperanzas justificadas, con los planes quinquenales de Perón (1946-55) y con los proyectos de desarrollistas de Frondizi (1958-62). La inestabilidad política resultante del antagonismo peronismo x antiperonismo, que se extiende sobre toda la segunda mitad del siglo pasado y llega hasta nuestros días, ha impedido que se diera continuidad a un consistente proyecto de desarrollo económico y social. Durante ese período, el país siguió disfrutando de una buena y amplia educación pública implantada por Sarmiento, que generó en suelo argentino la formación de la más educada y civilizada población de Latinoamérica. Sin embargo, no se ha logrado la creación de un sistema productivo correspondiente a su nivel cultural. Se instauró, así, un gran desequilibrio entre una sofisticada sociedad argentina y su subdesarrollada economía, la primera haciendo demandas que la segunda no podía satisfacer. El resultado, a largo plazo, fue un creciente endeudamiento externo, que llevó al reciente colapso, con De La Rúa y Cavallo. La recuperación que están llevando a cabo el gobierno Kirchner y su competente ministro de la Economía, Lavagna, es prometedora, pero hay un largo camino a recorrer. Como se verá más adelante, los grandes objetivos nacionales de Argentina sólo serán posibles, en las condiciones actuales del mundo, mediante su integración regional, a partir de una sólida y recíprocamente benéfica alianza con Brasil. Es lamentable, respecto de ese punto, que el presidente Kirchner se empeñe en exhibir ante un limitado público interno actitudes hostiles con el Mercosur y con Brasil.

Ya Brasil, por su formación histórica, como una gran hacienda tropical cuyas características subsistieron hasta la década de 1960, y la extraordinaria heterogeneidad socio-cultural que presenta actualmente, no obstante el continuo progreso de modernización que se observa en el país, desde la década de 1930, bastante acelerado durante el segundo gobierno Vargas (1951-54) y durante el gobierno Kubitschek (1956-61), tampoco ha logrado satisfacer, a pesar de su masa crítica, las expectativas de la generación

desarrollista de mediados del siglo XX. Brasil presenta, así, extraordinarios contrastes, entre un sector moderno que se beneficia de un nivel de educación y de vida comparable al del sur de Europa, que representa algo como 30% de la población (ca. de 55 millones) y un sector extremadamente deseducado y pobre, representando más de 40% de la población, en el cual se inserta una parcela de unos 12% de la población (ca. de 12 millones), de gente que vive en un nivel de miseria indiana.

La inmensa heterogeneidad socio-cultural de Brasil, además de ser un importante obstáculo al desarrollo general del país, impide igualmente la formación de mayorías políticas esclarecidas, que puedan sostener duraderamente proyectos consistentes de desarrollo. La neutralización política que el antagonismo peronismo x antiperonismo impone a Argentina se traduce en Brasil por las contradicciones provenientes de su heterogeneidad socio-cultural.

Es interesante observar, en el caso de Brasil, por razones históricas, el grado de generación de una alta tasa de integración nacional, superior a la de muchos países europeos, y de casi todos los países latinoamericanos, en contraste con su bajísima tasa de integración social, que permite al país resistir a los efectos desintegradores de su heterogeneidad. Sin embargo, la superación de esa heterogeneidad se presenta como el principal problema del país, y de ella dependen las posibilidades de desarrollo de Brasil. Suponiéndose que se implementen las medidas necesarias a la reducción de dicha heterogeneidad, se calcula que esos esfuerzos necesitan el paso de, por lo menos, tres generaciones, es decir, algo como 50 años. Dicho plazo es con todo significativamente superior al tiempo del cual Brasil podrá disponer – algo como veinte años – en las condiciones actuales del mundo, para alcanzar, sostenible y autónomamente, un umbral satisfactorio de desarrollo. Esta es la principal razón por la cual, a pesar de la suficiente masa crítica existente en el país, los grandes objetivos nacionales sólo se alcanzarán si Brasil logra un nivel adecuado de integración regional. Como en el caso de Argentina, ese objetivo depende sine qua non en lo que concierne Brasil, de la formación de una estable y confiable alianza con Argentina. A corto plazo, tal objetivo encuentra una oposición en las actitudes anti-Mercosur y anti-Brasil por parte del Presidente Kirchner. Los imperativos dictados por la realidad, sin embargo, tendrán a vencer dificultades de origen simplemente psicológico.

Tareas a ejecutar

Las diferencias que separan los subdesarrollos argentino y brasileño son significativas. En aquel país, el problema consiste

en elevar el sistema productivo al nivel socio-cultural de la sociedad. En este, el problema crucial consiste en corregir su pérfido perfil social, a través de la erradicación de la ignorancia y de la miseria y de la reducción substancial de la distancia que separa las grandes masas de las clases medias. En Brasil se impone también un esfuerzo de ultimación de su desarrollo económico.

Con todo, es común a los dos países el hecho que el principal obstáculo a su desarrollo es de carácter político. En Argentina, se trata de lograr definitivamente la superación del antagonismo peronismo/antiperonismo, con la formación de una constelación política de tipo moderno, donde estén representadas las tendencias de centro-izquierda y de centro-derecha. Se trata igualmente, a corto plazo, de evitar que las actitudes teatrales del Presidente Kirchner, destinadas a agrandar un pequeño público interno, más tarde afecten, y más seriamente, la consolidación del Mercosur y la alianza argentino-brasileña. En Brasil se trata de lograr una composición política equivalente.

En el caso de Argentina, todo indica que una nueva formación política deberá surgir del contradictorio complejo político en que se ha convertido el peronismo, con los resultantes ajustes en el ámbito del radicalismo. Además de disputas por liderazgo, como las que libran Kirchner y Duhalde, lo más importante en el complejo peronista, es su división interna entre tendencias neoliberales de centro-derecha (Menen) y tendencias social-demócratas, de centro izquierda (Kirchner y Duhalde). Se puede observar una polarización semejante en el ámbito del radicalismo. Se presenta, así, una oportunidad para una realineación política en Argentina, que supere el largo y paralizante conflicto peronismo x antiperonismo. El líder peronista que logre articular una amplia frente centro-izquierda, incorporando sectores afines del radicalismo, tendrá condiciones para la realización de un gran proyecto nacional.

En el caso de Brasil, como muestran los escándalos que brotan a cada día, en el segundo semestre de 2005, y que afectan el PT, partidos aliados y el gobierno Lula, el problema político presenta dos dimensiones, una de carácter institucional y otra, parcialmente derivada, de carácter operativo. La legislación reguladora de las elecciones y de los partidos políticos es extremadamente deficiente y abre espacio para todo tipo de abusos. Es urgente la adopción de una amplia y profunda reforma de dicha legislación. Hay consenso entre los estudiosos de la materia en el sentido de adoptarse el régimen distrital, simple o mixto, una rigurosa fidelidad partidaria, la exigencia de un mínimo de 5% de votos nacionales para la supervivencia de un partido, un nuevo régimen de financiación de las elecciones y medidas que

lleven a la formación de mayorías parlamentarias estables, dotadas de programa y liderazgo únicos, durante cada legislatura.

Se impone igualmente una amplia reformulación del sistema partidario. La legislación electoral actual lleva a una fragmentación parlamentaria que obliga al presidente de la República a hacer las más esdrújulas alianzas partidarias. El gobierno de Fernando Henrique Cardoso se vio forzado a articular una alianza entre el partido da la Social Democracia Brasileña – PSDB, de centro-izquierda, y el de la Frente Liberal – PFL, de centro-derecha, con repercusiones negativas para el programa de gobierno. Al Presidente Lula se presentó una opción aun peor: incorporar a la base de apoyo parlamentario del gobierno partidos sin ninguna significación pública, que operan como mostradores de negocios, como el PTB, el PP y el PN, posibilitando la práctica de un sin número de actos ilícitos que están revelando las diversas investigaciones en andamiento en la segunda mitad de 2005. La amplia y profunda reforma del régimen electoral y partidario, antes mencionada, es la condición necesaria para permitir una realineación satisfactoria de los partidos políticos brasileños.

Plazo histórico

La historia, entre muchas otras cosas, consiste en una sucesión de plazos. Hay cosas cuya realización está subordinada a un determinado plazo y se vuelven irrealizables o extremadamente improbables pasado ese plazo. Las grandes civilizaciones no-occidentales del Islam, de India y de China perdieron, en el momento adecuado – al contrario del Japón – la oportunidad de modernizarse e industrializarse y se transformaron, así, en sociedades subdesarrolladas. Profundas modificaciones políticas y culturales han permitido que China e India recuperasen, en la segunda mitad del siglo XX, la iniciativa de modernización antes perdida. El Islam, con excepción de la Turquía de Mustafá Kemal, no ha logrado hacerlo hasta hoy.

Argentina y Brasil, en este inicio del siglo XXI, están frente a lo que parece ser su última oportunidad para que logren alcanzar, autónomamente, un umbral satisfactorio y sostenible de desarrollo. Para hacerlo disponen de un plazo históricamente muy corto, que se calcula en, como máximo, veinte años. Si no la hacen, se convertirán, como ya están convirtiéndose muchos otros países – y, como en ellos, hay ya indicios preocupantes – en simples segmentos indiferenciados del mercado internacional y provincias del Imperio Americano.

La estimación de un plazo de veinte años no resulta de una certeza matemática, pero de un conjunto bastante razonable de

constataciones. Se trata, por una parte, de tener en cuenta el crecientemente acelerado del proceso de globalización, con el efecto implícito de satelización de los EUA, proceso que opera en el sentido de internacionalizar las economías y culturas de los países que aún no han alcanzado un nivel satisfactorio de autonomía y desarrollo. Dicho proceso, si no contenido por fuerzas que lo neutralicen, llevará, y a muy corto plazo – estimable en menos de diez años, para los casos de Argentina y Brasil - a la conversión de los países en los cuales opera en simples segmentos del mercado internacional y en provincias del Imperio. Por otra parte, se tiene que reconocer que, para países como Argentina y Brasil, la superación de su condición de desarrollados no podrá darse, por razones de orden técnico y socio-político, en un plazo inferior a veinte años. Sin embargo, sucede que, en lo que concierne el espacio de permisividad internacional de un país, dicho plazo se expande según como recorre, de manera consistente, un camino que lo lleve a su desarrollo. Por esa razón, si la ausencia de políticas adecuadas tenderá a convertir Argentina y Brasil, en menos de diez años, en simples segmentos del mercado internacional y provincias del Imperio, un vigoroso y consistente esfuerzo de desarrollo ampliará el espacio de permisividad internacional de esos países y les permitirá alcanzar, autónomamente, un umbral de desarrollo satisfactorio y sostenible.

Ese objetivo presenta, para Argentina y Brasil, una doble exigencia. Internamente, la exigencia de llevar a cabo, urgentemente, las necesarias reformas políticas, de modo que puedan ejecutar consistentemente, a lo largo de los próximos veinte años, un gran programa de desarrollo, predominantemente económico, para Argentina y socio-cultural, para Brasil. Además de esa exigencia interna, ambos países están frente a una no menos crítica exigencia de convivencia internacional. En las condiciones actuales del mundo, Argentina y Brasil ya no pueden desarrollarse aisladamente. Le falta a Argentina, para hacerlo, suficiente masa crítica económica y demográfica; le falta a Brasil un nivel satisfactorio de integración social. El proyecto de nacional-desarrollismo, defendido en Brasil por el ISEB, en los años 1950-60, e implementado por el segundo Vargas y por Kubitschek, también intentado por Perón y Frondizi, ya no tiene viabilidad. Lo que se volvió viable, en las actuales condiciones del mundo y de esos países, es un proyecto regional-desarrollista. El Mercosur representa el sistema mínimo de integración capaz de permitir a sus miembros un desarrollo autónomo, es decir, capaz de impedir que se transformen en simples segmentos del mercado internacional y provincias del Imperio. La Comunidad Sudamericana de Naciones, convertida en un efectivo sistema de integración económica y de cooperación

política, constituye la meta de integración deseable, capaz de proporcionar a sus miembros, en este siglo, el status de grande interlocutor internacional independiente.

Tanto el Mercosur como la Comunidad Sudamericana de Naciones sólo serán sistemas efectivos e internacionalmente válidos si se basan en una estable, creíble y recíprocamente benéfica alianza argentino-brasileña. Tal alianza conducirá, casi automáticamente, a la consolidación del Mercosur que, a su vez, llevará a la consolidación de la Comunidad Sudamericana de Naciones.

La institución de una efectiva alianza argentino-brasileña es, para ambos países, tan urgente como las medidas internas necesarias a su desarrollo. Desde fines del siglo pasado, ya existe, entre los sectores responsables de Argentina y de Brasil, un amplio consenso sobre el carácter imprescindible de dicha alianza, no obstante las posiciones anti-Mercosur y anti-Brasil del Presidente Kirchner. Se trata de diseñar un proyecto de reindustrialización de Argentina, con la activa cooperación pública y privada de Brasil. Se trata, finalmente, de armonizar la política externa de los dos países, superando intenciones de liderazgo aislado, por parte de Brasil, y de resentimientos, por parte de Argentina. La alianza argentino-brasileña es una sonata para violín y piano. Necesita una movilización armónica e inteligente de los recursos de los cuales disponen los dos países. El proyecto es eminentemente factible. Sin embargo, puede fácilmente descarrilar, si los liderazgos responsables de ambos países no comprenden que esa alianza imprescindible significa para ambos una optimización, en condiciones que compensen razonablemente las disimetrías existentes entre ellos. Aliados, Argentina y Brasil asegurarán, a lo largo de este difícil siglo XXI, la preservación de sus identidades nacionales y de su destino histórico y, con ellos, los de la región. Separados, resbalarán en la misma dirección que el número creciente de países que serán históricamente irrelevantes.

